

E. MIRET MAGDA LENA

LA revista Contrastes dedica un número extraordinario al año 1975, y en él se publican doce entrevistas que pueden ser representativas del mosaico de opiniones que existen en el país. La derecha, el centro y la izquierda se encuentran allí en triste confusión. Y digo esto de la tristeza porque hasta ahora no ha encontrado el país la necesaria canalización de la diversidad de pareceres, para dejar de estar disgregado en una suma heterogénea de individualidades que a duras penas pueden congregarse para intercambiar ideas, experiencias y razones.

En este número me hacen muchas y muy diversas preguntas, que abarcan tanto lo civil como lo eclesial, lo profano como lo religioso. Pero, entre ellas, me interesa insistir en una de gran importancia.

Juan XXIII, el Papa de la revolución eclesial, dio un giro de 180° al planteamiento de la Iglesia. Si hasta entonces la institución eclesial se consideraba como un punto y aparte, desde el Papa Roncalli su estructura humana ha entrado en profunda y, en mi sentir, definitiva crisis porque ya no puede pretender permanecer a espaldas del mundo que, aunque sea penosamente, van construyendo los hombres. La igualdad, la fraternidad, la libertad y el progreso son valores que la sociedad moderna ha aceptado en sus mismas entrañas, si bien en casos concretos todavía sea muy insatisfactoriamente.

La Iglesia, que ya no ve con el recelo de antes estas nuevas actitudes sociales de los hombres de hoy, se alía a estos valores con su palabra. Y tenemos como muestra de ello la carta llamada "Paz en la tierra", publicada por el Papa anterior, o la titulada "El progreso de los pueblos", del actual Pontífice romano. Pero el gran problema consiste en que si los Papas publican estos documentos abiertos y progresivos, y nos quieren convencer a todos de que tales valores sociales le son imprescindibles al hombre para vivir en sociedad, no se puede presentar como venida del cielo una estructura eclesial que se parece mucho más a una pirámide clerical que a una comunidad fraterna en libertad. No se debe hablar ya de una sociedad eclesial que no recoja tales valores.

Y menos todavía puede seguir dando la Iglesia el negativo espectáculo de la crisis pública que hoy vemos en sus filas eclesiales, y que nos deja perplejos a los simples seglares que vamos por el mundo a hombros de nuestra fe cristiana. Si todo viene en la Iglesia de arriba, ¿por qué estamos tan desorientados los fieles, si no es como resultado de la confusión en las filas superiores del mando eclesial? Y si no viene todo de lo alto, ¿por qué se sigue dando una de cal y otra de arena, hoy castigando y mañana tolerando, bien sea paternalmente o con miras oportunistas?

Los integristas siguen llamando heterodoxos a los progresistas católicos, porque éstos no quieren comulgar ya con las ruedas de molino tan anacrónicas que les exigen aquéllos.

El clero se echa mutuamente en cara su poli-

tización. Unos —los integristas— creen que los progresistas propugnan en nombre de la fe una determinada política. Y los otros —los progresistas— no dejan de comprobar que la llamada apolitización del intrínseco clerical, es sólo el deseo enmascarado de oponerse a la vía hacia el socialismo, que entre los hombres religiosos se hace cada vez más creciente; y critican a los progresivos en nombre de una confusión que mantienen sus jueces integristas entre mensaje evangélico y sociedad de derechas, como si ésta fuese la "política de Dios y gobierno de Cristo", como la denominó nuestro Quevedo.

Las órdenes religiosas son amonestadas a su vez públicamente por Pablo VI en sus últimos discursos; y los miembros que las componen, y que antes estaban —como los jesuitas— en un apretado haz, se encuentran ahora disgregados, y —lo que es peor— sin encontrar un norte a su acción, perdiendo así en la práctica su razón de ser.

Se ha llamado a este fenómeno eclesial y eclesial, "pérdida de identidad". Y ciertamente

UNA IGLESIA QUE SE DESMORONA

lo es, siendo lo más sorprendente que una Iglesia que decía tener en su mano las llaves del cielo en exclusiva, y que sacaba en cualquier ocasión su caja de truenos para poner orden, ya no sabe qué hacer y, en muchas ocasiones, ni siquiera a qué carta quedarse.

Una vez más se cumple la aguda observación del gran historiador católico del pasado siglo, Lord Acton: "El poder siempre corrompe; y el poder absoluto, corrompe absolutamente". El excesivo absolutismo que la estructura humana de la Iglesia ha pretendido para ella, identificando demasiado a menudo obra humana con obra de Dios, ha llevado a esta grave situación.

Los esquemas de pensamiento que se nos imponían y que estaban antes tan aparentemente seguros, se han bamboleado; nuestras ideas sobre religión se hacen cada vez más confusas; y nuestra práctica religiosa se va reduciendo a su mínima expresión, desmoronarse el ídolo de oro con pies de barro que nos había parecido tan sólido, porque ingenuamente creíamos cualquier palabra que venía de labios eclesiales.

Poco a poco, y a pesar de la crisis, en muchos

seglares se va haciendo la luz, una tenue luz muchas veces. Pero —en mi experiencia— a contracorriente del clero, porque las palabras salidas de esos labios eran frecuentemente verborrea usada con afán de dominio y de privilegio para beneficio de la propia clase clerical.

Las penosas consecuencias han sido dos: la minoría de edad cultural del creyente medio; y además un exceso de inseguridad personal en nuestras inquietudes religiosas. Es que "no ha habido en la Iglesia un desarrollo de la teoría de la autoridad que corresponda a la evolución política de los últimos siglos", dice el biblista padre J. L. McKenzie en su libro "Authority in the Church".

Es más, sigue diciendo este teólogo católico, "los dicasterios romanos y las oficinas eclesiales diocesanas están organizados como unos organismos que tienen dirigentes detentadores de un poder absoluto". El peso muerto del rutinarismo que produce una situación privilegiada del clero, difícilmente se supera. Ahí está, como botón de muestra, el gran escándalo religioso que es la existencia de Tribunales eclesiales en nuestra Iglesia, sobre todo con la amplitud que tienen en España. Porque no sólo son criticables sus abusos y métodos, sino su misma existencia, ya que casi nadie podemos comprender que para los problemas íntimos de conciencia se necesiten los mecanismos jurídicos exteriores con pruebas, testigos, declaraciones, investigaciones y demás procedimientos usuales en lo civil, aplicados al mundo interior del cual la Iglesia, en contradicción consigo misma, juzga; y, sin embargo, hace bandera del aforismo mantenido siempre por ella y que dice: "de lo interno ni la Iglesia juzga", para nada valen ya todas las sutilezas canónicas que pretendan justificarlo, cuando sabemos que la religión debe ser lo más íntimo que posee el ser humano y no objeto de ningún mecanismo judicial externo para probar la ortodoxia de una idea o la validez de una decisión.

La gran verdad bíblica es que "el Nuevo Testamento es antiautoritario en sentido propio; y aborrece aquel tipo de dominación propia del poder humano o de la autocracia religiosa tal como existía en el mundo que describe el Nuevo Testamento... El amor debe ser el motivo supremo, tanto de los eclesiales como de los demás miembros de la Iglesia; y esta motivación excluye para siempre cualquier cosa que se parezca a una estructura de poder en la Iglesia". (J. L. McKenzie, Authority in the Church.)

Lo que en la Iglesia se desmorona, después de demasiados siglos de dominación humano-eclesial, es precisamente esta pretensión dominadora. Y al desmoronarse todo este decorado teatral, ante el que hemos estado con la boca abierta en otros tiempos, el único problema es que sus despojos no arrastren algo vital y positivo en el hombre religioso. Pero la culpa, si esto ocurre, no será de esa necesaria limpieza desentumecedora del aprisionamiento sufrido durante centurias, sino de quienes han mantenido al creyente aherrojado mental y organizativamente durante tanto tiempo. ■